

ANUARIO DE PSICOLOGÍA
Núm. 41 - 1989 (2)

NOTAS PARA UNA REFLEXIÓN
SOBRE LAS RELACIONES ENTRE
PSICOLOGÍA ACADÉMICA
Y PSICOLOGÍA PROFESIONAL

ANTONIO CAPARRÓS BENEDICTO
Departamento de Psicología Básica
Universidad de Barcelona

Antonio Caparrós Benedicto
Departamento de Psicología Básica
Facultad de Psicología
Adolf Florensa, s/n.
08028 Barcelona

Ni todo es academia, ni toda academia es ciencia

Los estudiantes de primero de psicología acaban el curso convencidos de que el mejor modo de definir la psicología es hacerlo atribuyéndole sin más los cánones de la ciencia. La psicología es una ciencia, han oído una y otra vez. Y así se lo creen. Institucionalmente la academia psicológica parece necesitar este discurso.

Seguramente, pasados los años, cuando ya ejerzan su profesión, aquellos viejos jóvenes repetirán no sin cierto orgullo que los conocimientos adquiridos en la facultad, indispensable bagaje de su ejercicio profesional, son científicos. No obstante, aunque sin atreverse a confesárselo o quizá sin sentir la necesidad de entrar en ello, no tendrán ya tan claro en y desde su propia práctica que la psicología sea simplemente y sin más una ciencia. Y, desde luego, sus clientes sin negar que lo sea —entre otras cosas porque se negarían como tales— pero pasando mucho de ello habrán llegado a serlo no porque vean en la psicología sólo una actividad científica practicada por unos académicos iniciados sino sobre todo un cuerpo de técnicas y conocimientos aplicados relativamente accesibles y en cualquier caso útiles para la solución de posibles problemas de naturaleza psicosocial que de una forma u otra les afectan.

En cualquier caso, definir la psicología como una ciencia no es incorrecto ni falso, pero tampoco es toda la verdad, ni siquiera tal vez sea una verdad a medias. Y esto aunque sea la tesis de la psicología académica, de la psicología cuando se hace sesuda academia. Una academia, la psicológica que, por cierto, reacciona con algunas dosis de irracionalidad sorprendente, por dudosamente científica, cuando aparecen voces que sostienen o sugieren que no todo lo sustantivo que define esa cosa que es la psicología consiste en lo que ella practica y produce, ni que todo lo que en ella se hace y se genera es categorizable sin más como ciencia. Y esto aun sin poner en duda el rigor y el esfuerzo metodológicos que informan su actividad colectiva e individual así como los resultados de la misma.

No sería ni la primera vez ni la última que los académicos, psicólogos u otras comunidades, tuvieran una conciencia individual y colectiva parcialmente falsa. La historia social de la ciencia abunda en conciencias intelectualmente falsas. Otra cosa es que éstas puedan tener su sentido e incluso su justificación pragmática en la lucha de los intereses institucionales y sociales entre las comunidades científicas. O que, dentro de este marco, sean reacción a falsas conciencias intelectuales de otras comunidades.

Y, sin embargo, la ciencia tiene su primacía

Queda sentado, sin embargo, que cuando abogamos por la irreductibilidad de esa cosa que sea la psicología contemporánea a la psicología académica, y la de ésta a la psicología como ciencia no es a costa de desconocer la significación que para la psicología tiene su indiscutible dimensión estrictamente científica. Reconocemos, por el contrario, la relevancia que para la psicología en su pluridimensionalidad intelectual, práctica e institucional significa su dimensión como ciencia en sentido estricto y con todo lo que ello implica como cuerpo de conocimientos y procedimientos, como actividad y como comunidad institucionalizada.

No reconocerlo así sería desconocer la historia de la psicología como globalidad, la primacía que esta historia le confiere a la psicología en cuanto ciencia. La psicología contemporánea como totalidad de actividades investigadoras con múltiples y diversos objetivos y estrategias, de conocimientos empíricos y teóricos, de técnicas y reglas de intervención sobre problemas prácticos de relevancia social, de constelaciones profesionales con identidad propia y lugar diferenciado en el marco social general, es el fruto de un proceso irreversiblemente puesto en marcha hace algo más de un siglo a partir del establecimiento de la psicología como saber científico «disciplinado», que eso es lo que significaban en el XIX el laboratorio y el experimento.

Muchos otros factores han determinado desde entonces ese proceso, pero de *facto* y de *iure* ha sido la psicología como ciencia principio formal, eficaz y final del mismo. Y como tal lo ha sido y ejercido desde la academia. Aunque la academia psicológica nunca haya sido sólo ciencia. Ni la ciencia psicológica se haya desarrollado al margen de la determinación por otras psicologías.

Decimos de *iure* porque hay razones lógicas y sistemáticas para que la psicología haya sido como, a través de múltiples vicisitudes, en definitiva ha sido. Justamente a finales del siglo XIX comenzaba a hacerse firme en la práctica real el cumplimiento de la secular aspiración, tan vanamente proclamada por Bacon y algunos de sus sucesores, de la investigación técnica: la de su implementación mediante procedimientos y métodos científico-experimentales, por una parte, y la de su fundamentación en conocimientos científicamente garantizados, por otra. Así lo exigían los objetivos mismos de la técnica: la optimización de su utilidad y eficacia. Y así lo comenzaban a hacer posible los resultados de diferentes disciplinas científicas.

Como consecuencia de ello, y en lo que respecta a la psicología, las diferentes sociedades occidentales de forma creciente demandan y promueven a unos profesionales que llaman psicólogos, de los que esperan la solución de determinados problemas de sus miembros mediante técnicas, reglas y prescripciones elaboradas y optimizadas con los procedimientos científicos acuñados por los psicólogos académicos, y en la medida de lo posible utilizando los conocimientos logrados por las investigaciones de éstos.

Ya no será posible el ejercicio de una nueva profesión, la de los psicólogos, al margen de la recién fundada y establecida «nueva» psicología, la disciplina científico-académica que la ha hecho posible como profesión socialmente demandada y prestigiada.

No todo lo que es la profesión le viene de la academia

La psicología como profesión no es, pues, inteligible sin su referencia histórica y conceptual a la psicología como ciencia practicada en el seno de la academia. Y, ciertamente, nuestra sociedad tiene irreversiblemente asumida esa referencia. Eso, entre otras cosas, parece significar la obligatoria formación universitaria que exige a los psicólogos profesionales. Pero, a su vez, la actividad psicológico-profesional lo es autónoma y con entidad propia, sin que ésta en lo que tiene de sustantividad psicológica se agote en aquella referencia. Consideraciones históricas y genéticas al margen, la psicología profesional es una dimensión irreductible y definitoria de la psicología contemporánea como de otra forma lo es la psicología científica de los académicos.

Los psicólogos profesionales, en cuanto tales, desarrollan una actividad variada y múltiple que en sentido estricto se ha de categorizar como técnico-práctica. Su quehacer consiste básicamente en la aplicación de técnicas, reglas, prescripciones o estrategias de intervención a problemas prácticos socialmente relevantes en orden a su solución. La exigencia en principio irrenunciable del uso de procedimientos de intervención técnica elaborados a través de métodos informados por la lógica científica, y fundados en conocimientos generados por la investigación psicológico-científica, hay que comprenderla como derivada de la correcta convicción de que es la forma más adecuada de optimizar y racionalizar la actividad técnico-práctica de los profesionales.

No acaba ahí, sin embargo, esa actividad profesional. El ejercicio cotidiano de la actividad de los psicólogos profesionales, como cualquier otro ejercicio profesional, ha de resolver unos problemas prácticos generados por unas situaciones específicas y concretas, siempre únicas e idiosincrásicas. Es pura ilusión creer o pretender que las técnicas, reglas o instrumentos cualesquiera de información ya elaborados y con certificado de garantía científica que puedan proporcionar las investigaciones psicológicas, presentes o futuras, sean bagaje suficiente para alcanzar los logros mínimos que se esperan de una actividad profesional que se quiere ejercer con dignidad.

En este sentido los psicólogos profesionales han de contar también con un cuerpo de conocimientos psicológicos, y otros no psicológicos, más o menos generales de naturaleza tanto «básica» como «técnica». Y en cuanto a su origen tampoco se ha de esperar o exigir que todos ellos procedan de una investigación llevada a cabo mediante procedimientos científicos. Los habrá también que tengan un origen empírico-pragmático, que sean parte del patrimonio del conocimiento psicológico ordinario, incluso a veces del pseudocientífico. Y si ello es en orden al logro de la eficacia —y a veces será necesario para que así sea— no por ello aquella actividad será irracional sino todo lo contrario. Lo irracional es adoptar técnicas científicamente fundadas por mero imperativo categórico o superyó institucional al margen del criterio de eficacia que deba caracterizar a toda actividad técnico-práctica. O renunciar a estrategias de intervención eficaces basadas total o parcialmente en el conocimiento ordinario y en la práctica, sin alternativas útiles y eficaces en el ámbito de aquéllas.

En cualquier caso, contar con un amplio cuerpo de conocimientos de este

tipo es condición necesaria para afrontar con garantía de éxito los diferentes problemas que surgen en la praxis cotidiana de los psicólogos profesionales. Estos nunca podrán salir adelante con la aplicación directa de aquellas técnicas o estrategias de intervención. Incluso en las ocasiones en que consideren que una situación problemática concreta puede afrontarse exitosamente mediante el uso de un instrumento técnico resultante de una investigación contrastada y científicamente fundada, los psicólogos profesionales deberán recurrir a aquel cuerpo complejo de conocimientos como marco funcional de ajuste y contextualización de esos instrumentos y estrategias técnicas a los atributos particulares y específicos de la situación problemática real.

Estas últimas consideraciones nos introducen en una vertiente de la actividad técnico-práctica de los psicólogos profesionales que es frecuentemente pasada por alto. Y es que el psicólogo profesional, igual que otros profesionales, por muy profunda y amplia que sea su formación académica, siempre tendrá ante sí un ámbito vasto y significativo donde poder desplegar y dar cauce a su iniciativa y creatividad. Estas las podrá y deberá desarrollar en el marco definido por los problemas prácticos, los saberes académicamente adquiridos, las técnicas y conocimientos acumulados por la experiencia histórica de su práctica profesional y de su propio «arte». Y en todo caso su iniciativa y creatividad, así como sus conocimientos, cualquiera sea su origen, serán instrumentos cuyo caso pasará por la mediación de una situación que es en sí misma técnico-práctica.

A pesar de todo la academia es sensible a la práctica técnica: la mediación entre ciencia y práctica, entre academia y profesión

Es sabido que en los últimos veinticinco años, aproximadamente, el crecimiento y reconocimiento en todos los sentidos de la psicología como ciencia ha sido espectacular en nuestros ámbitos culturales. Sin embargo, más que ese fenómeno académico, la característica socialmente más relevante de la psicología contemporánea se habría de buscar en el espectacular incremento —que hoy sea más contenido resulta secundario— ocurrido en ese mismo periodo de tiempo del número de aspirantes a cursar los estudios universitarios de psicología, incremento que tiene su reflejo inmediato en el de los psicólogos profesionales.

Ambos fenómenos tienen mucho que ver entre sí, sin que sea fácil, ni quizá posible, saber cuál es el huevo y cuál la gallina. En todo caso, el lugar que ocupa hoy la psicología en el sistema académico y su organización ha sido adquirido a través de un proceso determinado y sostenido de forma considerable y significativa por el crecimiento cuantitativo y cualitativo alcanzado por la psicología en el sistema social de las profesiones.

Pero es que, además, la actividad investigadora y, por supuesto, la docente desarrolladas en los ámbitos de la psicología académica ha recibido y sigue recibiendo el impacto e influjo, en parte retroactivamente, de esta espectacular profesionalización, reconociendo su orientación y determinando su naturaleza. Prácticamente desde su establecimiento académico, aunque con diferencias según las

tradiciones culturales, siempre se ha venido dando este fenómeno en la psicología. Sin embargo, hoy más que nunca y también por razones sociales que van más allá de la mera psicología, la psicología académica no permanece en su práctica —desde luego, mucho más de lo que reconoce y debería reconocer en su teoría— ajena y sorda a las demandas de los profesionales, que son en definitiva el futuro deseado de la gran mayoría de sus estudiantes, y se orienta hacia unos objetivos más técnicos o tecnológicos —tecnologías comportamentales, sociales, psicossociales, «del ego», etc.— que formalmente científico-básicos, hacia la construcción de programas y estrategias de intervención que hagan posible la configuración de conductas según metas establecidas, y no tanto hacia el conocimiento de las leyes estructurales y funcionales de la mente.

De esta forma entramos en el desarrollo explícito, aunque breve, de nuestra tesis de que la psicología académica no es reducible a la psicología como investigación y docencia científico-básica, como ciencia. En la academia se da también una psicología que es investigación y docencia técnico-tecnológica, irreductible a aquélla, por estrechas que sean sus relaciones mutuas, y que es fundamental para comprender y profundizar en las relaciones entre la psicología académica y la profesional. Afrontar los problemas que implica el reconocimiento teórico de esta dimensión técnica es también decisivo para el desarrollo no distorsionado, compensado y controlado de la psicología académica y en general de la psicología en su globalidad. Las resistencias que la psicología académica presenta contra el análisis teórico de los problemas epistemológicos, lógicos y prácticos que genera la investigación técnica —incluso si condujera a la negación de su estatus propio e irreductible— tal vez podría ser un interesante objeto de estudio para la sociología, la psicología y la historia de la ciencia.

Al diferenciarla de la psicología como ciencia no cuestionamos en absoluto que esta investigación sea auténticamente innovadora. Tampoco dudamos que se desarrolle aplicando procedimientos inspirados en los cánones del método científico y responsables de las exigencias de éste. Y, por supuesto, damos por axiomático que es una investigación que en la medida de lo posible —porque no siempre lo hace al ritmo del desarrollo del conocimiento científico— usa conocimientos básicos resultantes de investigaciones científicas y se funda en ellos.

Sentados estos principios consideramos que nos hallamos ante un tipo de investigación también académica que no tiene el mismo estatus que el que se le reconoce a la científico-básica y que es hoy más que nunca una parte decisiva y muy significativa dentro de la totalidad de la psicología académica. Es esta actividad técnica o tecnológica, investigadora y también docente, así como sus resultados, el referente académico fundamental e inmediato de la psicología profesional y es a través de ella y por su mediación como se relaciona con aquella parte de la psicología académica que es la psicología como ciencia.

Claro que no siempre es fácil distinguir dentro del intrincado entramado que es la investigación contemporánea entre actividad investigadora científica y actividad investigadora técnica, ni en el seno de la psicología ni en cualquier otro dominio. Pero ahondar en la naturaleza específica de esta segunda se constituye justamente en una exigencia lógica de cualquier reflexión sobre las relaciones entre psicología académica y psicología profesional.

Esa especificidad se pone ya de manifiesto en el componente comunitario que es el marco de la dimensión comunicacional que le es intrínseca a toda investigación. Su comunidad no es la «científica», con sus hechos y sus valores propios. No es que el psicólogo académico que se dedica a la investigación técnica no se dirija a sus propios colegas por los que sabe tendrá que ser evaluado, pero su referente comunitario decisivo es más «abierto». Es la comunidad de los profesionales, que son los que tienen que usar los resultados de sus investigaciones demostrando su eficacia en la aplicación a los problemas prácticos de sus clientes.

Por otra parte, los problemas que afronta la investigación técnica son prácticos, cuyo reconocimiento y planteamiento como tales vienen determinados directamente por unos componentes axiológicos y culturales que trascienden a la comunidad académica y que residen en el entramado social general. De ahí que este tipo de investigación psicológica esté informada por variables extracientíficas con marcada impronta sociocultural y que sus resultados estén sometidos a unas vicisitudes impuestas por las tradiciones culturales que son desconocidas en el ámbito científico estricto.

La tecnología tiene una mayor especificidad que la ciencia. Mientras que el conocimiento es universal y sus leyes generales, lo que aquí es bueno en técnica no lo es siempre en cualquier sitio. La investigación técnica no se las ve a solas con la «naturaleza»; la sociedad le es immanente. Aquélla y sus leyes establecen el marco de su actividad, le señalan vías a seguir y le sugieren lo posible. Pero es la «sociedad» la que plantea los problemas prácticos que la investigación técnica tiene que resolver. Y también la que decide el sentido de las soluciones que ella proporcione.

No es éste el lugar para profundizar en la múltiples y complejas interacciones entre la investigación técnica y el ámbito de las creencias, intereses, valores e instituciones sociales que los representan, pero al margen de lo que podría decirse sobre ellas queda sentado que el planteamiento de los problemas que son objeto de la investigación psicológico-técnica, así como la recepción de las soluciones que ésta proporciona, pasa de forma decisiva, aunque no exclusiva, por la comunidad profesional, la cual se constituye así en mediación relevante y privilegiada entre la comunidad académica y la comunidad social general.

Por significativos que sean, no son estos aspectos recién mencionados los únicos en orden al reconocimiento del estatus propio de la investigación psicotécnica y a su diferenciación de la científica. A conclusiones semejantes se llegaría si tratásemos de demostrar la falsedad de la tesis que sostiene que la investigación sobre problemas prácticos en orden a su solución racional se reduce a la llamada «ciencia aplicada», en nuestro caso a «psicología aplicada». Esta tesis cargada de ideología academicista y tan cara para muchos representantes de la academia no hace más que encubrir el prejuicio de viejas raíces históricas de que lo que pueda haber de conocimiento sustantivo en el dominio técnico-práctico, y su investigación, se reduce a ser mera aplicación del conocimiento científico.

Sin embargo, se ha de insistir con énfasis en que incluso en el caso de que la investigación técnica se fundara sólo en los resultados de la investigación científica, lo que se puede llamar con propiedad ciencia aplicada no sería más que

uno de sus componentes. Aun suponiendo que la vía de solución de los problemas prácticos pasara sólo por esos conocimientos científicos, la mediación entre éstas y aquella es en general mucho más sinuosa y elaborada que una supuesta aplicación de enunciados científicos fácilmente seleccionados.

Conscientes de lo que pueda suponer de simplificación y aun de simplismo, digamos que la investigación técnica cuando lleva a cabo tal «selección» lo hace constituyéndose en un complejo proceso de selección, elaboración, procesamiento e integración de conocimientos científicos casi siempre procedentes de teorías o entramados teóricos diferentes. Y ese proceso de desarrollo según criterios pragmáticos, siguiendo decisiones basadas en consideraciones de eficacia y utilidad prácticas, a la luz de los parámetros relevantes de los problemas prácticos, unos problemas que poco suelen tener que ver con aquéllos que tratan de resolver las teorías científicas.

En el seno de la investigación técnica los conocimientos científicos, en todo caso, abandonan sus redes semántica y evaluativa originarias. Y los instrumentos de observación sistemática y experimental de plena cabida en ella adquieren sus peculiaridades, modulaciones y sentidos propios. Ahondar aquí en las relaciones semánticas entre invento y descubrimiento, en la naturaleza poco arriesgada y «conservadora» de la investigación técnica sería oportuno. Como también lo sería recordar que en el lenguaje de ésta aparece un tipo de enunciados desconocidos en el lenguaje de la ciencia: el de las prescripciones, el de las normas. Un tipo de enunciados inderivable del mero lenguaje de los hechos, de la ciencia y de los medios, y que apela necesariamente al de los valores, al de la conciencia, al de los fines. Así es fácil de entender que los criterios de evaluación de los resultados de la investigación técnica —las teorías tecnológicas, en última instancia— no sean los de las teorías científicas sino los de la eficacia.

Queda claro, finalmente, que el establecimiento de esta investigación como mediación básica entre ciencia y práctica, entre academia y profesión no puede ser a costa de dejar de reconocerle sustantividad propia como actividad y como cuerpo de conocimientos técnicos, en parte estructurados como teorías tecnológicas, resultantes de la misma. Por otra parte, es una mediación que se ejerce en todos los sentidos. La ciencia le proporciona procedimientos y conocimientos, pero también ésta los recibe de aquella, aunque luego los procese y transforme en su seno. Y análogamente cabría hablar de las relaciones mutuas entre investigación técnica y profesión técnico-práctica.

Una nota final

Nuestras páginas anteriores son unas simples notas. No aspiran a más. Y, como siempre son las notas, tienen mucho de impreciso, fragmentario, infundado y ambiguo. Una ambigüedad debemos reconocer: la generada por un discurso que se mueve entre el ser y el deber ser. Otra queremos evitar: la que algunos ideólogos de la academia nos podrían atribuir por nuestra actitud hacia la psicología como ciencia básica. Pero por nuestra tesis acerca de la investigación téc-

nica no se nos pueden ni deben imputar dudas que no tenemos acerca de la importancia de la psicología científica en sí misma y de su relevancia para aquella investigación y para la psicología como profesión.

En este sentido, los psicólogos todos debemos reivindicar la configuración real de espacios libres para la investigación científico-básica, aunque no a costa de la técnica. Una investigación científica hecha por sí misma y no únicamente porque tarde o temprano es el mejor modo de optimizar la investigación técnica. Eso sería aceptar que ésta es la única justificación de aquélla. Al fin, toda ciencia, y tal vez más la psicología, es la respuesta a la necesidad humana básica del conocimiento. Y, por eso, debe ser fomentada y promocionada como algo que tiene sentido en sí mismo y que contribuye al desarrollo y al progreso del género humano. Por otra parte, no parece que sea posible formar a profesionales de forma crítica, reflexiva y competente si no es a cargo de maestros que hayan estado comprometidos con una investigación practicada por sí misma e independientemente de la virtualidad práctica de sus resultados.